



JESÚS PALACIOS

23-F: EL GOLPE DEL CESID

¿Cuántos golpes confluyeron la tarde del 23 de febrero de 1981? ¿Cómo se vivió en la Zarzuela aquella jornada? ¿Por qué el Cesid creó una sección especial de agentes y alquiló un piso cerca del Congreso meses antes del golpe? ¿Quién se ocultaba detrás del *colectivo Almendros*? ¿Cuántas reuniones hubo en General Cabrera? ¿Cuál fue la verdadera trama civil? Fruto de una investigación exhaustiva, Jesús Palacios ha conseguido extraordinarias revelaciones referentes a uno de los episodios más dramáticos de la historia de la transición. Según los nuevos datos recogidos por el autor, el 23-F no habría sido fruto de la improvisación ni la mera acción de unos militares nostálgicos, sino una perfecta operación del Estado Mayor dirigida por el Cesid. La responsabilidad principal de aquel acto habría correspondido al entonces secretario general de la Casa, teniente coronel Javier Calderón —actual general-director—, y al comandante —hoy coronel retirado— José Luis Cortina, responsable de las secciones operativas del servicio de inteligencia.

Ellos fueron, según el autor, los arquitectos de la llamada *solución Armada*, una operación destinada a la formación del un gobierno de regeneración nacional que pretendía colocar en la presidencia al general de división Alfonso Armada Comyn.

Esta obra es un documento de valor excepcional para quien desee conocer qué ocurrió aquel día y cómo fueron aquellos años de ilusión y desencanto, de esperanza y pesimismo. Estamos ante un trabajo comprometido y comprometedor sobre una etapa convulsa, felizmente superada, de nuestra historia reciente.

A la verdad

Prólogo

En letra impresa y en otros libros —*89 republicanos y el Rey*, de Ramón Serrano, y mi *Puñeta, la Española*— vine a contar lo que aquí de nuevo rememoro y reitero. Dos veces he hablado con antiguos procesados por el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Con Juan García Carrés, poco antes de su muerte, y con el comandante Ricardo Pardo Zancada, en noviembre de 1998.

A ambos les dije exactamente lo mismo: fracasó su intentona, por fortuna incruenta y sin derramamiento de sangre, porque todos ellos se habían equivocado de mapa y calendario. Si yo no disparataba entonces o yerro ahora, nuestra piel de toro pertenece a la Europa occidental, capitalista, industrializada, postindustrializada, tecnológica e informatizada. Aquella realidad geográfica resultaba indisputable, aunque Unamuno dijese que debíamos africanizar todo lo europeizado y un secretario de Estado americano, Henry Kissinger, declarase su petulante desinterés por cuanto pudiera ocurrir al sur de los Pirineos.

Por añadidura, insistí, se equivocaron de calendario porque aquel año de nuestro Señor, casi recién despuntado, era el de gracia de 1981. A semejantes alturas. Occidente o *the Western World*, como diría el doctor Kissinger, no habría permitido otro régimen autárquico o dictatorial en este país. Me asombraron García Carrés y Pardo Zancada al mostrarse inmediatamente de acuerdo conmigo en lo del atlas y el almanaque, como en el Caribe llaman al calenda-

rio. De no haberme expresado su rápido asentimiento en presencia de diversos testigos —Rafael Borrás, en el caso de García Carrés, y la entera peña Ignacio Agustí, en el de Pardo Zancada— no daría crédito a mis propios oídos.

Por cierto y dicho sea un tanto al margen, quiso añadir Juan García Carrés que aquella desastrosa intentona nació muerta y torcida, «porque con los militares no se va a ninguna parte». Absolutamente a ninguna parte, insistía en catalán. *Enlloc, enlloc, enlloc!* Como también Prim había llamado tres veces en el Congreso, al triunfo de la Gloriosa, que los Borbones jamás, jamás, jamás tornarían a reinar en esta desdichada tierra.

Volví a toparme con García Carrés en este libro, en tanto profería gritos de muy distinto sentido la tarde del 23-F. Desde los servicios informativos de Radio Intercontinental, le telefoneó Jesús Palacios en cuanto supo que Tejero mandaba la fuerza que había irrumpido en el Congreso. Repuso con truenos y relámpagos García Carrés, descolgando y colgando el auricular casi al mismo tiempo: «¡Déjameee, que me están llamando los capitanes generales!»

Ni Pardo Zancada ni García Carrés sabían cuáles iban a ser sus deberes y competencias a la mañana siguiente, de haberse impuesto la sublevación. «Es mucho lo que siempre ignoraremos acerca del 23-F», vino a decir Pardo Zancada con una sonrisa entre escéptica y resignada. Paradójicamente, los dos hombres que desempeñarían los más destacados y opuestos papeles en aquella jornada se mostrarían de acuerdo con él en aquel punto.

El teniente coronel Antonio Tejero pedirá en su juicio que alguien le cuente la verdad acerca del 23-F. El general Sabino Fernández Campo, secretario entonces de la Casa Real y vencedor de la asonada junto con el monarca, me escribió a veces preguntándose —con una pizca de ironía asturiana, que comprendería su paisano Gaspar Melchor de Jovellanos y no se le escaparía a un florentino tan incrédulo como Nicolás Maquiavelo— cuál sería el sentido y la ver-

dad de todo lo ocurrido aquel día y la vasta conspiración que lo precedió.

Determinados aspectos del golpe jamás serán conocidos. A título de ejemplo, recuerda Jesús Palacios cómo Gil Sánchez Valiente, capitán de la Guardia Civil y miembro del Cesid (Centro Superior de Información de la Defensa), huyó de España el 24 de febrero. Era asimismo Sánchez Valiente el contacto con la CÍA (Central Intelligence Agency) y se supone que en un ya famoso maletín llevaba las disposiciones y decretos que entrarían en vigor con el triunfo de la conjura. Acaso fuesen allí los destinos de Pardo Zancada y García Carrés si bien, a decir verdad, Pardo Zancada niega todavía la existencia de tales documentos hasta hoy desaparecidos. Cuando Sánchez Valiente regrese a España será condenado a dos años por «abandono de destino». Con el previo descuento de la prisión preventiva, cumplirá sólo unos meses.

Como se verá en el último capítulo de *23-F: El golpe del Cesid*, la CIA y con toda probabilidad también su filial propagandística, el Information Bureau, conocían todos los pormenores y entresijos del golpe a través de la cobertura de una supuesta empresa de seguridad, la Baking House. Literalmente, la Casa Panadería, como el venerable edificio de la plaza Mayor de Madrid. Con la Baking House mantenía Sánchez Valiente frecuentes tratos. Todos los agentes de la red permanente, junto con los que actuaban a las órdenes de un hipotético «segundo secretario» de la embajada, permanecían en estado de alerta el día en que Tejero irrumpió en el Congreso. Más tarde, la agencia cobijó o puso al socaire en Estados Unidos a algún golpista nunca procesado.

También informó el Cesid al embajador americano, Terrence Todman. Desde el 20 de febrero sabía que el golpe tendría lugar tres días después. La embajada lo comunicó al Departamento de Estado americano y el general Alexander Haig, secretario de Estado, dio cuenta al presidente Ronald Reagan. La noche del 23 de febrero, yo me hallaba en

Atlanta y vi a Haig diciendo por televisión que los acontecimientos de Madrid eran «un asunto exclusivamente español». Pocos días después leía en la prensa la rectificación de su departamento. Estados Unidos, se afirmaba entonces, había apoyado siempre la nueva democracia en los cinco años transcurridos desde la muerte de Franco.

Esclarece Jesús Palacios otro enigma entre los precedentes inmediatos al golpe, antes interpretado de formas diversas y siempre erróneas. Me refiero a la autoría de tres artículos, «Análisis político del momento militar», «La hora de las otras instituciones» y «La decisión del mando supremo», aparecidos en *El Alcázar* y firmados por Almendros entre el 17 de diciembre de 1980 y el primero de febrero de 1981, a veintidós días vista del asalto al Congreso, como lo señala puntualmente el autor.

Por testimonio de José Antonio Girón de Velasco, ya sabía Jesús Palacios que el general Manuel Cabeza Calahorra era el verdadero firmante de aquellos artículos, donde pretendía exponer todos los aspectos de desintegración nacional, que según Almendros justificaban un «golpe de timón» militar, según muy repetida frase de Josep Tarradellas. Después de una breve vacilación, así vino a reconocerlo el general cuando amablemente lo confrontó Jesús Palacios, en abril de 1996. Almendros, cuyo verdadero nombre baraja Pardo Zancada entre los de otros posibles redactores de las tres colaboraciones en *El Alcázar*, también participará en la defensa del general Jaime Milans del Bosch cuando llegue su juicio. «Mire usted, sobre el 23-F no ha pasado el tiempo ni la suficiente serenidad para hacer un análisis y una valoración objetiva...», comienza a decirle Cabeza Calahorra a Jesús Palacios.

Fallecido Cabeza Calahorra, cumple Jesús Palacios la promesa de no revelar la identidad de Almendros hasta después de su muerte. También cree el autor que ha transcurrido tiempo sobrado para analizar la multitudinaria y mal urdida conspiración. Aquella parece una trama en la que la

mayoría de los golpistas nunca llegan a percatarse de serlo... si en verdad lo fueron. Otros, como el comandante José Luis Cortina —jefe de la Agrupación Operativa de Misiones Especiales del Cesid— y el general Carlos Iniesta Cano, se olvidarán de haberlo sido tan pronto fracase la asonada.

Desde 1977, la transición democrática, que tan audazmente había iniciado Adolfo Suárez, va traducándose en el llamado «desencanto» o el sentimiento de que la democracia empezó a pudrirse. Se juntan para minarla la legalización del Partido Comunista —imperdonable para el estamento militar porque Suárez se comprometió a no hacerla y el primer vicepresidente del gobierno, general Manuel Gutiérrez Mellado, no se dignó anunciarla a los altos mandos—, la serie sangrienta de atentados etarras, el deterioro económico, el paro creciente y la desmoralización generalizada. El resentido desengaño se traduce en una cada vez más vasta trama de cabildeos, soterrados manejos y derrochismo crítico, en la que interviene un impresionante elenco de políticos y militares de casi todos los partidos y tendencias, a excepción del comunista.

Como se verá en *23-F: El golpe del Cesid*, el propio monarca pierde la fe en Adolfo Suárez. Se acortan y distancian los regios encuentros con el presidente del Consejo antes de su renuncia. Para entonces, ya la mayoría de los *barones* —barbarismo político importado de Estados Unidos— de la Unión del Centro Democrático, el partido presidencial, confrontan a su jefe con agresivo desacato. El martes 27 de enero de 1981, Suárez acude a la Zarzuela para despachar con el soberano. En la antesala se confía con Sabino Fernández Campo. Trae su dimisión al rey y «quiero decírtelo a ti antes que a nadie».

A solas con el jefe de Estado, presenta la renuncia. Jamás le pide el monarca que recapacite o medite de nuevo tan grave resolución. Sólo a la salida y casi en el umbral del despacho, le dice: «Te haré duque.» Cumplirá la promesa y antes telefonea a Suárez, rogándole que no crea su reticen-

cia venida del desapego sino del estupor. Como lo detalla Jesús Palacios, Suárez mandará bordar la corona ducal en todas sus camisas. Cien años antes, me permito recordar yo, también el bisabuelo de donjuán Carlos, Alfonso XII, ofrecía de improviso otro ducado al presidente del gobierno, Antonio Cánovas del Castillo. Replicó Cánovas que los títulos de la aristocracia los proponía él y el rey debía limitarse a firmarlos. Le bastaba con ser Cánovas del Castillo; de profesión original, maestro de enseñanza primaria.

Por otra parte, la dimisión de Suárez no cambia, y menos detiene, el casi ultimado golpe de Estado. Algo semejante a un freudiano e inadvertido instinto de autodestrucción precipita a los conspiradores a una inevitable y humillante derrota. Ya lo advertía un proverbio de la Roma imperial: Dios enloquece a quienes quiere perder, *Quos vult perdere Jupiter dementat*.

Pero no todo ha sido siempre así. Como también lo precisa el autor, a los dos meses de su elevación a la jefatura del Consejo, Suárez reúne el 8 de setiembre de 1976 al vicepresidente para la Defensa, los tres ministros militares, el jefe del Estado Mayor Central, los jefes de las capitanías generales y una treintena de generales y almirantes. Les expone su proyecto de gobierno y asegura no legalizar jamás al PC. Gutiérrez Mellado lo abraza conmovido y el teniente general Mateo Prado Canillas le grita folclóricamente: «¡Viva la madre que te parió!»

También escribe don Juan Carlos a diversos jefes de Estado del mundo islámico, el rey de Arabia, el emir de Kuwait, los emires del Golfo y el sha de Persia. Solicita donativos o empréstitos de diez a cien millones de dólares para que el centrismo suarista consolide la Corona y la democracia. Según Jesús Palacios, la Ley para la Reforma Política no prohibía semejantes gestiones del soberano. Pero resultaba más que dudoso su derecho a recuestar fondos extranjeros en apoyo de la economía nacional y de un solo partido, mientras decía al sha que parte del electorado vo-

taba a los socialistas en la creencia de que ellos los percibirían de Alemania y Venezuela. Asimismo anota el autor la irónica paradoja política de que aquellos autócratas del Próximo Oriente contribuyan económicamente al afianzamiento de una democracia en la Europa occidental.

Desde el propio título, el libro atribuye al Cesid la verdadera dirección y la secreta urdimbre del golpe. El Cesid es fruto de la fusión ideada por Gutiérrez Mellado del Se-ced (Servicio Central de Documentación) —obra del almirante Luis Carrero Blanco— y la Segunda Bis: la sección del Alto Mando Mayor a la que pertenecía el Servicio de Inteligencia Militar. Pasa a dirigir el Cesid el general José María Bourgon, con el teniente coronel Javier Calderón como secretario general. La Aome (Unidad Operativa de Misiones Especiales) queda al mando del comandante José Luis Cortina —*don José* en el vernáculo del centro— y de su casi inseparable capitán Vicente Gómez Iglesias.

Desde el principio se muestra Cortina ubicuo y omnisciente. Aparece en todas partes y de todo se entera. Inclusive se las ingenia el destino para emplazarlo en Morella, el día de Corpus de 1979, cuando improvisa y acuña Tarradellas su demanda de aquel golpe de timón, perentorio e imprescindible, luego repetida hasta la saciedad. Cortina hace seguir al teniente coronel Antonio Tejero y ordena que fotografien y graben sus encuentros y conversaciones.

A comienzos del sofocante otoño de 1980 se persona el monarca en la sede operativa del Cesid. Exagerada y desmedida, le expone don José la gravedad de la situación. Habla de generales y coroneles comprometidos y de posibles iniciativas descabelladas, como puedan ser las de Tejero, a quien Cortina, de botones adentro, supondrá loco de atar.

Ignora el soberano que su visita al centro operativo y su conversación con don José fueron puntualmente grabadas y fotografiadas, por orden del mismo Cortina. Después de fallido el golpe se desvanecerán aquellas pruebas, al igual

que la documentación en el maletín de Sánchez Valiente. Aunque Cortina lo niegue siempre, en su propio domicilio recibe a Tejero la madrugada del 19 de febrero. El teniente coronel arde en deseos de conocer a Armada, de quien ya sabe que presidirá el primer gobierno de los golpistas, si bien Tejero habría preferido a Jaime Milans del Bosch, antiguo divisionario en Rusia y muy monárquico capitán general de Valencia.

Según Pardo Zancada, Tejero pregunta a Cortina si él es un hombre de Armada. Don José se encoge de hombros con desdeñosa suficiencia. «O él es un hombre mío.» Ante el estupor de Tejero, se corrige a medias y atribuye una estrechísima colaboración con el general. Se halla en vena locuaz y alude a un montón de documentos secretos, que ya tiene firmados. Firmados por quién, quiere saber Tejero. «¿Quién iba a ser? El rey.»

La víspera del 23-F, Cortina envía un par de telegramas a la Capitanía de Valencia. La alerta con graves datos, que ahora obran en su poder, acerca de un inminente asalto a los cuarteles por grupos izquierdistas. No acota, claro, que todo aquello es absolutamente falso. Milans, menos inteligente o imaginativo que don José, no comprende el sentido o propósito de los dos cables. Esquivando cualquier sospecha, servirán para justificar y encubrir las órdenes a las unidades militares cuando llegue el levantamiento.

Si para André Malraux el valor es la irracional y orgullosa convicción de creerse indestructible, el domingo 22 de febrero Cortina y Calderón, suponiéndose acaso invulnerables, llevan su arrogancia y osadía al extremo de publicar en *El Alcázar* una foto del vacío hemiciclo del Congreso y la leyenda: «Todo está dispuesto para la sesión del lunes.» También imprimen una flecha, que apunta a una frase en el editorial del periódico: «antes de que suenen las 18.30 horas del próximo lunes». Inclusive añaden una esfera roja, que es el signo convenido para el asalto a la cámara en el código de la conspiración.

No obstante, a partir de entonces el golpe deja de pertenecer al Cesid para convertirse en el pronunciamiento de Armada, Tejero y Milans del Bosch. Dos días después, el alzamiento ha rendido las armas y fracasado ante el mundo. Valga añadir que Armada, Milans y Tejero serán condenados a treinta años por el Supremo. Gómez Iglesias recibirá seis de los ocho años que le pedía el fiscal. Procesado con Gómez Iglesias, después de la segunda declaración de Tejero ante el juez instructor especial —general del Cuerpo Jurídico del Aire José María García Escudero—, Cortina saldrá escandalosa e incomprensiblemente absuelto.

Sucumben vencidos por el rey y Sabino Fernández Campo, como ya se dijo y el autor lo explica amplia y detalladamente en el libro. O por Sabino y el rey. Según Jesús Palacios, don Juan Carlos tiene «algún momento de pesimismo y depresión», y llora a solas en el jardín de la Zarzuela. Sabino nunca vacila ni flaquea. Convencido de haber llegado al dramático apogeo de su destino personal, se obliga a confrontarlo con fría e inquebrantable serenidad.

Será el secretario de la Casa Real quien se oponga desde el primer momento a que Armada vaya a palacio. Al principio ni siquiera conoce sus razones para impugnar la llegada del general, quien por lo demás fue siempre amigo suyo. Pero no tarda en comprender que vedando su acceso a palacio decapita el golpe de Estado. Razona su criterio y convence a los demás. Una frase de Sabino difundida por la Agencia Efe: «El general Armada no está ni se le espera en la Zarzuela», se conviene en otra de las sentencias antológicas de la jornada, como lo recuerda el autor.

Ayuda Sabino a redactar una nota, donde la Junta de Jefes del Estado Mayor manifiesta haber adoptado todas las medidas para restablecer el orden constitucional y reprimir cualquier atentado a la Carta Magna. Asimismo escribe el télex que mandará el monarca a Valencia, después de haber ordenado por teléfono a Milans que retire los tanques de la calle. En aquel mensaje, por letra de Sabino,

afirma el jefe del Estado su voluntad de mantener el orden, sin abdicar la Corona ni salir de España. Si alguien se subleva en estas circunstancias, provocará una nueva guerra civil. Une Sabino su voz a la de otros, entre ellos Armada y Milans del Bosch, para que el director general de Seguridad, Francisco Laína, no mande a los Geos (Grupo Especial de Policía Nacional) al asalto del Congreso y provoque una inevitable carnicería entre ellos y la Guardia Civil, con los diputados indefensos en medio.

Este prólogo debe concluir en el mismo punto en que lo hace *23-F: El golpe del Cesid*. De madrugada, sometidos Tejero y Pardo Zancada, el rey abraza conmovido al secretario de la Casa Real. «Gracias, Sabino, nos hemos salvado.» Por la tarde, ya duchados y afeitados los dos, en tanto se apresta el monarca a recibir a los dirigentes de los partidos políticos, le da una amistosa palmada en la espalda y sonriendo susurra: «Mira que si te has equivocado, Sabino.»

CARLOS ROJAS

Candler Professor of Spanish Literature, Emeritus
Emory University

Agradecimientos

Este rincón de agradecimientos es en el que el autor debe expresar su reconocimiento a los apoyos y asistencias prestadas para el feliz término de la obra. También es el recurso para recordar por diversas razones a una serie de amigos o seres queridos. Cumplo gustoso con ello. Y no puedo comenzar sin mostrar mi gratitud al centenar y medio largo de personajes que han constituido la fuente principal y básica de este trabajo, sin cuyo concurso tal empeño nunca hubiera sido posible. Cada uno valoró su colaboración según sus posibilidades. En la misma medida correspondo. Para todos va mi memoria, tanto a los que expresamente puedo citar como a quienes debo mantener en la reserva. Los abogados Ángel López Montero y Antonio Muñoz Perea me facilitaron además los tomos del sumario y el primero tuvo la amabilidad de regalarme encuadernados los cuatro volúmenes de las actas del juicio de Campamento. Maribel Bernaldo de Quirós me tradujo alguna carta, Beatriz Kirschner se pasó muchas horas en la hemeroteca, también me tradujo algunos documentos y supo darme ánimos en los momentos más bajos. Will también colaboró en la traducción de algunos documentos. Isidro Juan Palacios, que es mi hermano, me ayudó en el, difícilísimo para mí, proceso informático y con muy útiles consejos. Silvia Pérez es una espléndida colega, además de bella y elegante, que el periodismo español ha ganado arrebatándola de las tierras norteñas de Argentina. Su apoyo durante la elaboración del libro ha sido capital. Sus comentarios y puntos de vista me

han enriquecido y reforzado mi moral en los instantes más duros.

La foto de la solapa es obra de Josephine Douet, magnífica siempre con la cámara. Ese pedazo de catedrático y abogado que es José María Stampa Braun, que cuando nació ya tenía un curriculum brillante, ha tenido la paciencia de esperar los meses que he dedicado a redactar esta obra. Aunque para paciencia la de Mely, amiga de verdad y en todo momento bien dispuesta a facilitarme carpetas y documentos. De mis profesores del departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, Alejandro Pizarroso, Ingrid Schulze, Fuentes Aragonés, Mina Núñez y Ángel Bahamonde, he recibido conocimientos y doctos consejos que agradezco enormemente. Junto a su comprensión y ayuda, están determinados a que me doctore en historia. En el tiempo se verá. Tom Burns Marañón ha publicado ya su *Hispanomanía*. En una entrañable presentación en la tertulia de los Amigos de Julio Camba, siempre en la histórica Casa Ciriaco, dije que hay que estarle muy reconocido por desmitificar la creencia de la excepcionalidad de lo español ante el mundo exterior. Tom es un británico muy castizo con quien en todo momento estoy en el debe por su apoyo permanente.

Y aprovechando que paso por los Amigos de Julio Camba dejo mi gratitud a Antonio Mingote, todo un maestro; Enrique de Aguinaga, ahora al frente del Instituto de Estudios Madrileños; Antonio D. Olano, en quien pervive el surrealismo daliniano; el alcalde de la villa de Madrid, Álvarez del Manzano; Ángel Manuel, el de la antigua relojería de la calle de la Sal, sin cuyo esfuerzo difícilmente sobreviviría esa otra institución que es el Club de Amigos de la Boina que tanto aprecio. Alfredo Amestoy sigue siendo el alma de la misma; Luis Cepeda, que ha publicado *Maridaje*, un excelente trabajo de vinos y gastronomía, me ha propuesto un proyecto para la historia futura; con José Luis Ruiz Sola-